

The People vs Democracy Why our freedom is in danger and how to save it

Yascha Mounk

Harvard University Press
Cambridge, London-England
2018

Por Thais Maingon*

pp. 191-196

Los debates entre académicos e intelectuales sobre la condición y el futuro de la democracia liberal se han vuelto más frecuentes durante los últimos años. Según algunos analistas, la democracia a nivel global está estancada, mientras los populismos se multiplican, lo que indica un claro signo inverso al de la democratización. Algunos regímenes permanecen en la zona híbrida entre la democracia liberal y la autocracia o dictadura. Las viejas democracias enfrentan actualmente niveles decrecientes de confianza en las instituciones políticas, satisfacción con la democracia, participación electoral y membresía en los partidos políticos. Al mismo tiempo, los autócratas refinan continuamente sus medios de represión y legitimación.

El último libro de Yasha Mounk titulado, *La gente vs la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, va en este sentido. El autor examina las amenazas que representan los populismos, de izquierda y de derecha, a las democracias liberales e invita a los lectores a construir estrategias de acción para enfrentar y detener el avance del populismo sobre la democracia. Este libro y el texto de Levitsky y Ziblatt, *Como las democracias mueren*, comparten semejanzas teóricas y objetivos. Ambos tratan sobre el grave peligro por el que están pasando, actualmente, las democracias y la necesidad urgente de defenderlas y protegerlas.

Mounk, profesor de Teoría Política en el departamento de Gobierno de la Universidad de Harvard, señala que, desde las primeras décadas del presente siglo, se asiste a un proceso de deterioro de la democracia liberal, proceso que coincide con la reemergencia

Profesora-investigadora del Área de Desarrollo Sociopolítico del Cendes - UCV. Socióloga, Mg. en Ciencias Sociales y Doctora en Ciencias Políticas.
Correo-e: thelemaz@gmail.com

del populismo y plantea algunas estrategias para rescatarla. Su análisis lo realiza desde el eje de la tensión que observa entre la democracia y el liberalismo, y la creación y expansión de populismos iliberales. Liberalismo y democracia son complementarios. Los derechos individuales y la voluntad popular están, como nunca antes, en tensión. El libro está organizado en tres grandes partes que se refieren, en este mismo orden, a la crisis, los orígenes y las posibles correcciones o remedios que necesita la democracia liberal para no sucumbir frente a los populismos.

El autor señala el desencanto, por largo tiempo, de los ciudadanos, con la manera de hacer política en democracia; se han vuelto inflexibles, descontentos e, incluso, despectivos frente a los partidos políticos. Constata, por un lado, que las preferencias de la gente son cada vez más iliberales: crece la impaciencia de los electores en contra de las instituciones independientes que tardan mucho tiempo en dar respuesta a sus demandas o simplemente no las dan, y cada vez menos están dispuestos a tolerar los derechos de las minorías étnicas y religiosas. Por otro lado, advierte que las elites se apoderan del sistema político haciéndolo ineficiente y autoritario. Como resultado de estos hechos, el liberalismo y la democracia, los dos elementos básicos del sistema político, entran en conflicto. Tanto el liberalismo como la democracia de forma cohesiva, protegen los derechos individuales y colectivos de los ciudadanos. La democracia liberal no podrá sobrevivir si abandona estos dos elementos: no puede existir una democracia sin derechos, así como tampoco derechos sin democracia. Se está asistiendo al surgimiento de democracias iliberales, democracias sin derechos, liberalismo antidemocrático y derechos sin democracia.

El autor subraya el hecho de la expansión de los populismos autoritarios en todo el mundo, desde América a Europa, desde Asia hasta Australia. Los electores no se inclinan por ningún político, gobierno o partido político en particular; muchos de ellos se han hartado de la democracia liberal. Apunta, al igual que Levitsky y Ziblatt en el libro citado, que la elección de Donald Trump es la manifestación más clara de la crisis de la democracia y que es muy difícil estimar el daño que a la larga sufrirá la democracia con su ascenso al poder. Por primera vez en la historia política de Norteamérica, la más vieja y poderosa democracia del mundo, se ha elegido a un presidente que abiertamente desprecia las normas básicas constitucionales y comenta que los electores que votaron por Trump son también autoritarios.

Esta elección no está aislada de otras como las habidas en Turquía o en Rusia, en donde se eligieron a hombres fuertes que prometen salvar la democracia y luego se convierten en dictadores electos. En Polonia y en Hungría los líderes populistas usan el mismo guion para destruir la libertad de prensa, socavar las instituciones independientes y callar a la oposición. La democracia sigue un proceso de desintegración en otros países, como en Austria o Grecia. No cabe duda de que se está viviendo un momento populista. La pregunta

que se hace el autor es si este momento puede convertirse en una era, en un siglo populista y poner en duda la supervivencia de la democracia liberal hasta hacerla desaparecer como sistema político.

Es interesante recordar que, con la desaparición de la Unión Soviética, la democracia liberal se convirtió en el régimen dominante en casi todo el mundo. Parecía inmutable en Norteamérica y también en Europa occidental, pero muy rápidamente el autoritarismo echó raíces que se extendieron desde Europa del Este hasta Sur América y se está expandiendo muy rápidamente por Asia y África.

Una razón para que la democracia liberal triunfara fue la ausencia de una alternativa coherente y convincente a ésta. El comunismo había fracasado, la teocracia islámica tiene poco apoyo fuera del Medio Oriente. China, tal vez sea el único sistema de capitalismo de Estado bajo la barrera del comunismo y se le hace muy difícil compartirlo con otras sociedades que no tienen ni comparten su historia, su cultura (p. 3). El futuro parecía que le pertenecía a la democracia liberal. Muchos académicos estuvieron de acuerdo con esta idea y muy pocos consideraron las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales que representaban riesgos a la democracia y que eventualmente podrían revertirla. El autor se pregunta cuánto de la experiencia democrática del siglo pasado pudo haber condicionado el actual proceso de desconsolidación de la democracia. Hace un cuarto de siglo la democracia contaba con altos grados de aceptación y los políticos respetaban las normas y reglas democráticas. Ahora no, los primeros que quebrantan las reglas más básicas de la democracia liberal son los mismos políticos.

Mounk menciona tres dimensiones que caracterizaron la estabilidad de la democracia desde su fundación y que hoy están en vías de desaparecer. La primera, es el rápido aumento de los estándares de vida que experimentó la mayoría de los ciudadanos. La segunda, la emergencia de numerosos grupos étnicos, migrantes y los temas raciales, específicamente en Norteamérica y Europa Occidental; asunto frente al que frecuentemente la democracia ha sido indiferente y se pregunta si, acaso, la estabilidad de la democracia dependía de la homogeneidad racial, étnica y religiosa de sus sociedades. La tercera, tiene que ver con el sentido de pertenencia a un Estado nación moderno. La promesa de una democracia multiétnica en donde todos sus miembros son iguales es algo no negociable y ello es más difícil en países que son mayoritariamente monoétnicos, que conciben a los recién llegados como minorías. Pero el experimento noble de una democracia multiétnica podría ser exitoso si se enfatiza más en lo que une que en lo que separa o divide. La democracia liberal es la única que puede tratar a todos sus miembros con respeto y garantizar sus derechos sobre la base de la ciudadanía y no sobre la base de la pertenencia a un grupo particular (p.17); por otro lado, permite reconciliar los intereses de diferentes grupos políticos. Finalmente, a este respecto, el autor señala que se necesita aprender a soportar el impacto de las transformaciones que se producen desde internet y los medios de comunicación social.

Es conocido que el ascenso de hombres fuertes iliberales tanto en Turquía, Rusia o Venezuela, a menudo, fue un preludio del establecimiento de reglas autocráticas: una vez que los medios fueron amordazados y las instituciones independientes abolidas fue muy fácil para los gobernantes iliberales hacer la transición desde el populismo hacia la dictadura. Es importante distinguir los aspectos de la naturaleza del populismo y sus posibles efectos. Para entender la naturaleza del populismo, habría que examinar la conducta de sus líderes que, en la mayoría de las veces, expresan la frustración de la gente y ver cómo lo hacen. Para entender los posibles efectos, habría que tener en cuenta los procesos que utilizan para resquebrajar las instituciones liberales, especialmente, a los partidos políticos. Una vez que los líderes populistas cierran todos los caminos que permiten que la gente se exprese libremente, se vuelve muy fácil ser indiferente a las demandas de la voluntad popular, específicamente, cuando estas entran en conflictos con sus intereses.

Los populismos europeos, de ambos lados, de izquierda y de derecha, hacen lo mismo que los populistas de América Latina. En Polonia, Kaczynski, populismo de derecha, atentó contra la prensa independiente. En Grecia, Tsipras, populismo de izquierda, limitó el número de canales televisivos y redujo el número de permisos. El primer paso de estos regímenes es atacar a la prensa. El segundo, arremeter contra las instituciones independientes, las organizaciones de la sociedad civil, los sindicatos, academias, asociaciones religiosas. Para los populistas las organizaciones intermedias son peligrosas porque claman por la representación de intereses y opiniones de numerosos segmentos de la sociedad y hablan por ellos. En Hungría, Orban llenó de funcionarios leales las instituciones públicas y, en Venezuela, Chávez reescribió la constitución con el fin de politizar las instituciones.

Por casi más de un siglo, la democracia liberal ha sido el sistema político más expandido en el mundo. Esto está cambiando. Recientemente muchos países están siendo menos democráticos: han surgido nuevos gobernantes que han prometido darle poder al pueblo, a la gente, pero cuando han tomado el poder han transformado estas sociedades en iliberales. El competidor más serio del sistema de derechos sin democracia es tener un sistema democrático sin derechos. En Turquía y Venezuela, por ejemplo, los gobiernos populistas lograron mejorar, en el principio de sus gobiernos, la economía de los ciudadanos con el objetivo de ganar y ser reelectos, pero luego esta situación se revirtió e hizo agua y comenzaron a reprimir a la oposición que crecía al tiempo que la popularidad de estos regímenes disminuía. Los regímenes populistas dismantelaron las instituciones y los defensores de la democracia liberal fueron incapaces de desplegar sus esfuerzos para detener este proceso de destrucción.

En la defensa de la democracia, generalmente se asumían tres aspectos: que la mayoría de los ciudadanos están comprometidos fuertemente con la democracia, que están en contra de alternativas autoritarias y que los partidos políticos están de acuerdo sobre la importancia de las reglas básicas y normas de la democracia. Mounk muestra, a

través del análisis de encuestas que expresan las opiniones de la gente sobre la democracia, que muchos de ellos son muy críticos, no de un gobierno en particular, sino de la democracia como sistema político y que estos tres aspectos ya no son ciertos (p.104).

Conjuntamente con su colega Stefan Foa, Mounk analizó el nivel de apoyo a las instituciones democráticas desde los datos de la Encuesta Mundial de Valores y ellos encontraron que, desde Norte América hasta Europa Occidental, los ciudadanos han estado alejándose de la democracia: la importancia de vivir en democracia bajó de 71 por ciento en promedio en los años 30 hasta 29 por ciento en los 80. La gente joven es la que más muestra desafección democrática, cuestión que comparten los entrevistados desde USA al Reino Unido, desde Suiza a Australia. Las consecuencias de este fenómeno son las salidas autoritarias y la reemergencia de los populismos de cualquier signo. Los ciudadanos están cada vez más lejos de la democracia y más cerca de alternativas autoritarias. La democracia se está desconsolidando.

El interés en política también ha venido bajando: desde 84 por ciento, en promedio, en los años 30, a 60 por ciento en los años 60. Y siguió bajando en los años 80 cuando llegó al 41 por ciento. Desde hace más de dos décadas, los estudiosos de este tema, entre los que se cuentan Pippa Norris y Russell J. Dalton, entre otros, han estado conscientes sobre la erosión de la confianza en las instituciones democráticas, la pérdida de interés en la política y, en particular, en los políticos.

Según el el informe recientemente publicado *Perspectivas económicas de América Latina 2018*, en 2017 los ciudadanos latinoamericanos se mostraron insatisfechos con sus gobiernos e instituciones: el 75 por ciento en promedio de los entrevistados dijo tener poca o ninguna confianza, 20 puntos porcentuales mas que lo expresado en el estudio de 2010. La satisfacción con los servicios públicos de salud cayó del 57 al 41 por ciento; con el sistema educativo bajó de 63 al 56 por ciento en este mismo período. Los ciudadanos perciben que su voz pesa cada vez menos para los procesos de toma de decisiones.

Nunca antes ha habido tantos ciudadanos que estando en democracias consolidadas han sido tan críticos con sus sistemas políticos; nunca antes estos mismos ciudadanos han sido tan abiertamente favorecedores de alternativas autoritarias, así como tampoco antes habían votado por los hombres fuertes, populistas. Lo que se ve a lo lejos es un escenario muy pesimista, sin lugar a dudas las democracias liberales podrían ser más susceptibles de ser derribadas por los populistas de lo que los estudiosos de este tema han creído por mucho tiempo.

Los populistas quieren darle el poder a la gente y en la práctica crean un sistema democrático, pero sin derechos. La consecuencia de esto, tal y como Mounk muestra en este texto, es la disminución de la confianza en la política. Los ciudadanos están desenamorándose de la democracia. Mounk identifica tres claves que podrían estar influyendo en esta decepción: el estancamiento de los niveles de vida, el miedo a la democracia multiétnica y

el aumento de las redes sociales. Para revertir estas tendencias y salvar a la democracia, los políticos necesitan promulgar reformas radicales que beneficien a muchos, establecer programas ambiciosos que tengan como objetivo renovar la promesa de la democracia liberal de crear un futuro mejor para todos, promover la unidad de los ciudadanos alrededor de una concepción común de nación, darles una esperanza real de su futuro económico, hacerlos más resistentes a las mentiras y al odio a los medios de comunicación (p. 194).

Para prevenir la desconsolidación de la democracia da algunas ideas, mas no pretende que estas soluciones sean mágicas y tampoco promete que adoptándolas puedan ayudar a salvar la democracia liberal. Tal vez, esto no sea suficiente, pero puede ser, por ahora lo mejor que se pueda hacer, anota Mounk. La primera lección es la importancia de la unidad. En cada caso que los populistas han tomado el poder o han sido reelectos, las profundas divisiones habidas al interior de los partidos demócratas jugaron un papel importante. La segunda lección es la importancia de hablar el lenguaje ordinario de la gente que conecte con los votantes y sus demandas. La tercera lección es focalizarse en un mensaje positivo más que obsesionarse con los fracasos del populismo. La última y cuarta lección es quizás la más significativa: los defensores de la democracia liberal no vencerán al populismo mientras parezcan estar casados con el *status quo* (p. 230).

The People vs. Democracy describe como se llegó hasta aquí y plantea algunas soluciones de cómo se puede salir y que se necesita hacer ahora. Para aquellos que no están dispuestos a renunciar a los derechos individuales o al concepto de la voluntad popular, Mounk sostiene que se necesita una acción urgente, ya que esta puede ser la última oportunidad para salvar la democracia.